

La carta esférica

Arturo Pérez-Reverte

Un marino sin barco, desterrado del mar, conoce a una extraña mujer que posee, tal vez sin saberlo, respuestas a preguntas que ciertos hombres se hacen desde siglos.

Cazadores de naufragios en busca del fantasma de un barco perdido en el Mediterráneo, problemas de latitud y longitud cuyo secreto yace oculto en antiguos derroteros y cartas náuticas, museos navales, bibliotecas...

Nunca el mar y la Historia, la ciencia de la navegación, la aventura y el misterio se habían combinado de un modo tan extraordinario en una novela, como en *La carta esférica*. De Melville a Stevenson y Conrad, de Homero a Patrick O'Brian, toda la gran literatura escrita sobre el mar late en las páginas de esta historia fascinante e inolvidable.

Una carta náutica es mucho más que un instrumento indispensable para ir de un sitio a otro; es un grabado, una página de historia, a veces una novela de aventuras.

JACQUES DUPUET. *Marino*

Observemos la noche. Es casi perfecta, con la estrella Polar visible en su lugar exacto, cinco veces a la derecha de la línea formada por Merak y Dubhé. La Polar va a seguir en el mismo sitio durante los próximos veinte mil años; y cualquier navegante que la contemple sentirá consuelo al verla allá arriba, porque es bueno que algo siga inmutable en alguna parte mientras la gente precise trazar rumbos sobre una carta náutica o sobre el difuso paisaje de una vida. Si seguimos prestando atención a las estrellas, hallaremos Orión sin dificultad, y después Perseo y las Pléyades. Eso resulta fácil porque la noche es muy limpia y no hay nubes; ni siquiera un soplo de brisa. El viento del sudoeste cesó al ponerse el sol, y la dársena es un espejo negro que refleja las luces de las grúas del puerto, los castillos iluminados sobre las montañas, y los destellos —verde a la izquierda y rojo a la derecha— de los faros de San Pedro y Navidad.

Acerquémonos ahora al hombre. Está inmóvil, apoyado en el coronamiento de la muralla. Mira el cielo, que se anuncia más oscuro hacia el este, y piensa que mañana soplará de nuevo el levante, trayendo marejada allá afuera. También parece sonreír de un modo extraño; si alguien pudiera ver su rostro iluminado desde abajo por el resplandor del puerto, concluiría que existen sonrisas mejores que ésta: más esperanzadas y menos amargas. Pero nosotros conocemos la causa. Sabemos que durante las últimas semanas, mar adentro y a pocas millas de aquí, el viento y la marejada han sido decisivos en la vida de ese hombre. Aunque ya no tengan ninguna importancia.

No lo perdamos de vista, pues vamos a contar su historia. Al mirar con él hacia el puerto, advertiremos las luces de un barco que se aleja despacio del muelle. El rumor de sus máquinas nos llega amortiguado por la distancia y por los sonidos de la ciudad, con la trepidación de las hélices que baten el agua negra mientras los tripulantes meten a bordo los últimos metros de amarras. Y cuando observa ese barco desde la muralla, el hombre siente dos clases distintas de dolor: uno es en la boca del estómago, hecho de la misma tristeza que viene a sus labios con la mueca que parece —pronto comprenderemos que sólo parece— una sonrisa. Pero hay otro dolor más preciso y agudo que va y viene sobre el costado derecho; allí donde una humedad fría le pega la camisa al cuerpo, y la sangre gotea hasta la cadera y empapa por dentro el pantalón, a cada latido del corazón y a cada estremecimiento de las venas.

Por suerte, piensa el hombre, esta noche mi corazón late muy despacio.

I. El lote 307

He navegado por océanos y bibliotecas.
Herman Melville. *Moby Dick*

Podríamos llamarlo Ismael, pero en realidad se llamaba Coy. Lo encontré en el penúltimo acto de esta historia, cuando estaba a punto de convertirse en otro náufrago de los que flotan sobre un ataúd mientras el ballenero *Raquel* busca hijos perdidos. Para entonces llevaba ya algún tiempo a la deriva, incluida la tarde en que acudió a la casa de subastas Claymore, en Barcelona, con la intención de pasar el rato. Tenía muy poco dinero en el bolsillo, y en el cuarto de una pensión próxima a las Ramblas, unos cuantos libros, un sextante y un título de primer piloto que la dirección general de la Marina Mercante había suspendido por dos años hacía cuatro meses, después que el *Isla Negra*, un portacontenedores de cuarenta mil toneladas, embarrancara-se en el océano Índico, a las 4.20 de la madrugada y durante su cuarto de guardia.

A Coy le gustaban las subastas de objetos navales, aunque por esa época no pudiera permitirse pujar. Pero Claymore, situada en un primer piso de la calle Consell de Cent, contaba con aire acondicionado, servían una copa al terminar, y la chica encargada de la recepción tenía piernas largas y bonita sonrisa. En cuanto a los objetos de la subasta, le gustaba mirarlos e imaginar los naufragios que habían ido llevándolos de aquí para allá hasta varar en la última playa. Durante toda la sesión, sentado con las manos en los

bolsillos de su chaqueta de paño azul oscuro, permanecía atento a quiénes se llevaban sus favoritos. A menudo el pasatiempo resultaba decepcionante: una magnífica escafandra de buzo, cuyo cobre abollado y lleno de cicatrices gloriosas hacía pensar en naufragios y bancos de esponjas y películas de Negulesco, con calamares gigantes y con Sofía Loren saliendo del agua moldeada bajo la blusa húmeda, fue adquirida por un anticuario a quien ni siquiera tembló el pulso al levantar el cartón con su número. Y un compás de marcaciones Browne & Son, antiguo, en buen uso y dentro de su caja original, por el que Coy habría dado el alma en sus tiempos de estudiante de náutica, resultó adjudicado, sin remontar el precio de salida, a un individuo con aspecto de ignorar todo sobre el mar, salvo el hecho de que, colocada en un escaparate de cualquier marina deportiva de lujo, aquella pieza sería vendida por diez veces su valor.

El caso es que esa tarde el subastador remató el lote 306 —un cronómetro Ulysse Nardin de la Regia Marina italiana, al precio de salida— y consultó sus notas ajustándose los lentes con el índice. Era un tipo de modales suaves, corbata un poco atrevida y camisa color salmón. Entre puja y puja daba sorbitos a un vaso de agua que tenía cerca.

—Siguiente lote: *Atlas Marítimo de las Costas de España*, de Urrutia Salcedo. Número trescientos siete.

Había acompañado el anuncio con una sonrisa discreta que, Coy lo sabía a fuerza de observarlo, reservaba para las piezas cuya importancia pretendía destacar. Joya cartográfica del XVIII, añadió tras la pausa adecuada, recalcando lo de joya como si le doliera desprenderse de ella. Su ayudante, un joven vestido con guardapolvo azul, alzó un poco el volumen en gran folio, para que lo viesan desde la sala, y Coy lo miró con un apunte de melancolía: según el catálogo de Claymore no era fácil encontrarlo a la venta, pues la mayor parte de los ejemplares se hallaban en bibliotecas y museos. Aquél seguía en perfectas condiciones; y lo más pro-

bable era que nunca hubiera estado a bordo de un barco, donde la humedad, las marcas de lápiz y el trabajo sobre sus cartas de navegación dejaban huellas irreparables.

El subastador abrió ya la puja, con una cantidad que habría bastado a Coy para vivir medio año con razonable holgura. Un hombre ancho de espaldas, frente despejada y pelo muy largo y gris recogido en una coleta, que estaba sentado en la primera fila y cuyo teléfono móvil había sonado tres veces para irritación de la sala, mostró un cartoncito con el número 11; y otras manos se alzaron mientras la atención del subastador, que tenía el pequeño martillo de madera en alto, iba de uno a otro y su voz educada repetía cada oferta, sugiriendo la siguiente con monotonía profesional. El precio de salida estaba a punto de doblarse, y los aspirantes al lote 307 iban quedándose por el camino. Mantenían la liza el individuo corpulento de la coleta gris, otro flaco y barbudo, una mujer de la que no podía ver más que un cabello rubio en media melena y la mano que alzaba su cartulina, y un hombre calvo muy bien vestido. Cuando la mujer dobló el precio inicial, el de la coleta gris se volvió a medias, mirando en su dirección con gesto irritado, y Coy pudo ver unos ojos verdosos y un perfil agresivo, nariz grande y aire arrogante. La mano que alzaba la cartulina llevaba varios anillos de oro. No parecía acostumbrado a que le disputasen piezas de subasta, y con ademán brusco terminó volviéndose a su derecha, donde una joven morena muy maquillada, que atendía en susurros el teléfono cada vez que sonaba, sufrió las consecuencias de su mal humor cuando se puso a reconvenirla ásperamente, en voz baja.

—¿Alguien supera la oferta?

El de la coleta gris alzó la mano y la mujer rubia contrató al alzando su cartulina, que era la número 74. Aquello daba tensión a la sala. El flaco barbudo prefería retirarse de la puja, y tras dos nuevos remotes el hombre calvo y bien vestido empezó a titubear. El de la coleta subió la oferta,

haciendo fruncir ceños a su alrededor cuando el teléfono se puso a sonar de nuevo y lo tomó de manos de la secretaria, encajado entre un hombro y la oreja, la otra mano alzándose a tiempo para responder al envite que la mujer rubia acababa de hacer. A tales alturas de la puja, la sala entera se veía de parte de la rubia, deseando que al de la coleta se le acabasen los fondos o las baterías del teléfono. El Urrutia había triplicado el precio de salida, y Coy cambió una mirada divertida con su vecino de silla, un hombrecillo moreno de espeso bigote oscuro y pelo muy peinado hacia atrás con fijador. El otro le devolvió la mirada con una sonrisa cortés, cruzadas plácidamente las manos sobre el regazo y girando los pulgares uno sobre otro. Era menudo y pulcro, casi coqueto, con pajarita de pintas rojas y chaqueta híbrida entre príncipe de Gales y tartán escocés que le daba el aire estafalariamente británico de un turco vestido en Burberrys. Tenía los ojos melancólicos, simpáticos, un poco saltones; como las ranitas de los cuentos.

—¿Desean mejorar la oferta?

El subastador mantenía el martillo en alto, y su mirada inquisitiva apuntaba al individuo de la coleta, que había devuelto el móvil a la secretaria y lo miraba contrariado. La última propuesta, exactamente el triple del precio inicial, había sido cubierta por la mujer rubia; cuyo rostro Coy no podía ver por más que, curioso, atisbaba entre las cabezas que tenía delante. Resultaba difícil establecer si era el monto de la puja lo que desconcertaba al de la coleta, o la encarnizada competencia de la mujer.

—Damas y caballeros, ¿nadie ofrece más? —dijo el subastador, con mucha calma.

Se dirigía al de la coleta, sin obtener respuesta. Toda la sala miraba en la misma dirección, expectante. Incluido Coy.

—Tenemos entonces ese precio, que parece definitivo, a la una... Ese precio a las dos...

El del pelo gris alzó su cartulina, con gesto tan violento como si empuñase un arma. Mientras un murmullo se extendía por la sala, Coy volvió a mirar a la mujer rubia. Su cartulina ya estaba en alto, superando la oferta. Eso disparó de nuevo la tensión; y como si se tratara de un combate a vida o muerte, los presentes asistieron durante los siguientes dos minutos a un rápido duelo de cuyo intenso ritmo — aún no bajaba el cartón número 11 cuando ya estaba en alto el 74— no pudo ni siquiera sustraerse el subastador, que hubo de hacer un par de pausas para llevarse a los labios el vaso de agua que tenía junto al atril.

—¿Alguna otra oferta?

El *Atlas* de Urrutia estaba en cinco veces su precio de salida cuando el número 11 cometió un error. Quizá le fallaron los nervios, aunque el error pudo cometerlo la secretaria, cuyo móvil sonó con insistencia y ella terminó pasándose en un momento crítico, cuando el subastador estaba martillo en alto a la espera de nueva oferta, y el hombre de la coleta gris dudaba como replanteándose la cuestión. El error, si es que lo hubo, también podía ser achacable al subastador, que habría interpretado el gesto brusco del otro, vuelto hacia la secretaria, como despecho y abandono de la puja. O tal vez no hubo error, porque los subastadores, como cualquier ciudadano, tienen sus filias y sus fobias; y aquél pudo inclinarse por favorecer a la parte contraria. El caso fue que tres segundos bastaron para que el martillo cayera sobre el atril, y el *Atlas* de Urrutia quedase adjudicado a la mujer rubia cuyo rostro seguía sin ver Coy.

El lote 307 era de los últimos, y el resto de la sesión prosiguió sin nuevas emociones y sin incidencias; salvo que el hombre de la coleta ya no volvió a pujar por nada, y antes del final se puso en pie y abandonó la sala seguido por el taconeo precipitado de la secretaria, no sin dirigir una mirada furiosa a la rubia. Tampoco ésta volvió a levantar su

cartulina. El individuo flaco de la barba terminó haciéndose con un telescopio marino muy bonito, y un caballero de aire adusto y uñas sucias, situado delante de Coy, consiguió por algo más del precio de salida una maqueta del *San Juan Nepomuceno*, de casi un metro de eslora y en bastante buen estado. El último lote, un juego de viejas cartas del Almirantazgo británico, quedó sin adjudicar. Después, el subastador dio por terminada la sesión y todo el mundo se levantó, pasando al saloncito donde Claymore invitaba a sus clientes a una copa de champaña.

Coy buscó a la mujer rubia. En otras circunstancias habría dedicado más atención a la sonrisa de la joven recepcionista, que se acercó bandeja en mano ofreciéndole una copa. La recepcionista lo conocía de otras subastas; y pese a saber que nunca pujaba por nada, era sin duda sensible a sus descoloridos pantalones tejanos y a las zapatillas deportivas blancas que vestía como complemento de la chaqueta de marino azul oscuro, guarnecida por dos filas paralelas de botones que en otro tiempo fueron dorados, con el ancla de la marina mercante, y que ahora sustituían otros de pasta negra, más discretos. Las bocamangas también mostraban las huellas de los galones de oficial que había lucido en ellas. Incluso así, a Coy le gustaba mucho aquella chaqueta; tal vez porque al llevarla se sentía vinculado al mar. Sobre todo cuando rondaba al caer la tarde por las inmediaciones del puerto, soñando con tiempos en que aún era posible buscar de ese modo un barco donde enrolarse, y existían islas lejanas que daban asilo a un hombre: justas repúblicas que nada sabían de suspensiones por dos años, y a las que nunca llegaban citaciones de tribunales navales ni órdenes de captura. Le habían hecho la chaqueta a medida, con la gorra y el pantalón correspondiente, en Sucesores de Rafael Valls quince años atrás, al aprobar el examen de segundo piloto; y con ella navegó todo el tiempo, usándola en las ocasiones, cada vez más raras en la vida de un marino mercante, en que todavía era preciso vestir de

modo correcto. Llamaba a aquella vieja prenda su chaqueta de Lord Jim —algo muy apropiado en su actual situación— desde el inicio de la que él, contumaz lector de literatura náutica, definía como su época Conrad. En cuanto a eso, Coy había tenido antes una época Stevenson y una época Melville; y de las tres, en torno a las que ordenaba su vida cuando decidía echar un vistazo hacia la estela que todo hombre deja a popa, aquélla resultaba la más infeliz. Acababa de cumplir treinta y ocho años, tenía por delante veinte meses de suspensión y un examen de capitán aplazado sin fecha, estaba varado en tierra con un expediente que haría fruncir el ceño a cualquier naviera cuyo umbral pisara, y la pensión cercana a las Ramblas y la comida diaria que hacía en casa Teresa apuntillaban sin piedad sus últimos ahorros. Un par de semanas más y tendría que aceptar cualquier trabajo como simple marinero a bordo de uno de esos barcos oxidados de tripulación ucraniana, capitán griego y pabellón antillano, que los armadores dejaban hundirse de vez en cuando para cobrar el seguro, a menudo con carga ficticia y sin dar tiempo a que hicieras la maleta. Eso, o renunciar al mar y buscarse la vida en tierra firme: idea cuya sola consideración le daba náuseas, pues Coy —aunque a bordo del *Isla Negra* no le había servido de mucho— poseía en alto grado la virtud principal de todo marino: un cierto sentido de la inseguridad, entendida como desconfianza; algo comprensible sólo por quien en el golfo de Vizcaya ve un barómetro bajar cinco milibares en tres horas, o se encuentra en el estrecho de Ormuz adelantado por un petrolero de medio millón de toneladas y cuatrocientos metros de eslora que cierra poco a poco el paso. Era la misma sensación imprecisa, o sexto sentido, que lo despertaba a uno de noche por un cambio en el régimen de las máquinas, lo inquietaba ante la aparición de una lejana nube negra en el horizonte, o hacía que de improviso, sin causa justificada, el capitán apareciese por el puente a dar una vuelta mirando aquí y allá, como quien no quería la

cosa. Algo común, por otra parte, en una profesión cuyo gesto habitual estando de guardia consiste en comparar a cada momento el compás giroscópico con el compás magnético; o dicho de otro modo, comprobar un falso norte mediante un norte que tampoco es el verdadero norte. Y en lo que a Coy se refiere, ese sentido de la inseguridad se acentuaba, paradójicamente en cuanto dejaba de pisar la cubierta de un barco. Tenía la desgracia, o la fortuna, de ser uno de esos hombres para quienes el único lugar habitable se encuentra a diez millas de la costa más próxima.

Bebió un sorbo de la copa que acababa de ofrecerle con coquetería la recepcionista. No era un tipo atractivo: su estatura algo menos que mediana destacaba en exceso la anchura de los hombros, que eran vigorosos, con manos anchas y duras, heredadas de un padre comerciante sin suerte de efectos navales, que a falta de dinero le había dejado aquel modo de andar balanceante, casi torpe, de quien no está convencido de que la tierra que pisa resulte digna de confianza. Pero las líneas toscas de su boca amplia y de la nariz grande, agresiva, quedaban suavizadas por unos ojos tranquilos, oscuros y dulces, que hacían pensar en ciertos perros de caza cuando miran a sus amos. También había una sonrisa tímida, sincera, casi infantil, que asomaba a sus labios a veces, reforzando el efecto de aquella mirada leal, un poco triste, recompensada por la copa y el gesto amable de la recepcionista, que ahora se alejaba entre los clientes, la falda imprescindible sobre las piernas precisas, creyendo sentir en ellas la mirada de Coy.

Creuyendo. Porque en ese momento, con el mismo acto de llevarse la copa a los labios, él echaba un vistazo alrededor en busca de la mujer rubia. Por un instante se detuvo en el hombre bajito de los ojos melancólicos y la chaqueta a cuadros, que le hizo una cortés inclinación de cabeza. Luego siguió inspeccionando la sala hasta encontrarla: continuaba de espaldas, entre la gente, conversando con el subastador, y tenía una copa en la mano. Iba vestida con cha-

queta de ante, falda oscura y zapatos de tacón bajo. Se acercó a ella poco a poco, curioso, observando el cabello dorado y liso, en media melena cortada muy alta en la nuca que descendía luego por cada lado hacia la mandíbula, en dos líneas diagonales asimétricas y sin embargo perfectas. Mientras conversaba, el cabello de la mujer oscilaba suavemente, con las puntas rozándole las mejillas que sólo podían apreciarse desde atrás en escorzo. Y tras franquear dos tercios de la distancia que lo separaba de ella, comprobó que la línea desnuda de su cuello estaba cubierta de pecas: centenares de minúsculas motitas ligeramente más oscuras que el pigmento de la piel, no demasiado clara pese al cabello rubio, con un tono que indicaba sol, cielos abiertos, vida al aire libre. Y entonces, cuando se hallaba a sólo dos pasos y se disponía a rodearla con disimulo para ver su cara, la mujer se despidió del subastador y dio la vuelta, quedando un par de segundos frente a Coy; el tiempo necesario para dejar sobre una mesa la copa que tenía en la mano, esquivarlo con leve movimiento de hombros y cintura y alejarse de allí. Sus miradas se habían cruzado en ese breve instante, y él tuvo tiempo de retener unos insólitos ojos oscuros de reflejos azulados. O tal vez al contrario: ojos azules de reflejos oscuros, iris azul marino que resbalaron sobre Coy sin prestarle atención, mientras él comprobaba que ella también tenía pecas en la frente y el rostro y el cuello y las manos; que estaba cubierta de pecas y eso le daba una apariencia singular, atractiva y casi adolescente, pese a que ya debía de rondar los veintitantos años muy largos. Pudo ver que llevaba en la muñeca derecha un reloj masculino de acero, grande y de esfera negra. También que era medio palmo más alta que él y que era muy guapa.

Cinco minutos más tarde, Coy salió a la calle. El resplandor de la ciudad iluminaba nubes corriendo hacia el sudeste por el cielo oscuro, y supo que iba a rolar el viento y que

tal vez llovería aquella noche. Estaba ante el portal con las manos en los bolsillos de la chaqueta mientras decidía si caminar a la izquierda o a la derecha; lo que suponía la diferencia entre un bocadillo en un bar cercano, o un paseo hasta la plaza Real y dos Bombay azules con mucha tónica. O tal vez una, rectificó con rapidez tras recordar el lastimoso estado de su billetera. Había poco tráfico en la calle, y entre las hojas de los árboles una prolongada línea de semáforos iba pasando del ámbar al rojo hasta donde alcanzaba la vista. Tras reflexionar diez segundos, justo en el momento en que el último semáforo se puso rojo y el más próximo cambió de nuevo a verde, echó a andar hacia la derecha. Ése fue su primer error de aquella noche.

LENC: Ley de los Encuentros Nada Casuales. Basándose en la conocida ley de Murphy —de la que había tenido serias confirmaciones en los últimos tiempos— Coy tendía a establecer, para consumo interno, una serie de leyes pintorescas que bautizaba con absoluta solemnidad técnica. LBMF: Ley de Bailar con la Más Fea, por ejemplo; o LTMS-CBA: Ley de la Tostada de Mantequilla que Siempre Cae Boca Abajo; y otros principios más o menos aplicables a los funestos avatares de su vida reciente. Aquello no servía de nada, por supuesto; salvo para sonreír a veces. Sonreír de sí mismo. De cualquier modo, sonrisas aparte, Coy estaba convencido de que en el extraño orden del Universo, como en el jazz —era muy aficionado al jazz—, se daban azares, improvisaciones tan matemáticas que uno se preguntaba si no estarían escritas en alguna parte. Ahí era donde situaba su recién enunciada LENC. Porque a medida que se acercaba a la esquina, vio primero un coche gris metalizado, grande, aparcado junto al bordillo de la acera con una de las puertas abiertas. Luego, a la luz de un farol, alcanzó a ver un poco más lejos a un hombre que conversaba con una mujer. Reconoció primero al hombre, que se hallaba de frente; y a los pocos pasos, cuando pudo distinguir su gesto airado, comprendió que discutía con la mujer, que ahora